

---

## NOTAS DE VIAJE

---

BARCELONA.—HOMBRES Y COSAS

### I.

Con serlo mucho, no es la Exposición lo más interesante de Barcelona. Sucede que con ocasión de aquella solemnisima é importante fiesta, han acudido gentes de todas partes, notables unas, otras que no lo son y no pocas que pretenden serlo; y en esa concurrencia temporal, la vida toma un poco del tono europeo, y más que europeo cosmopolita, para el cual tan excelentes condiciones tiene Barcelona, como todos los puertos del Mediterráneo.

Para los que somos forasteros en la ciudad Condal, tiene ésta ahora otro atractivo; y es,

que así como se muestran, y los vemos y los saludamos, los hombres de otras provincias ó de otras naciones, el mundo barcelonés, medio perdido é ignorado, no sólo para los madrileños, sino para los provincianos de otro origen —en este profundo desconocimiento y separación en que vivimos, bajo la ilusoria unidad de un Estado que nos lleva á la desunión,—muéstrase también, y nos proporciona muchas veces la sorpresa de un hallazgo y la satisfacción de apreciar todo lo bueno que encierra.

No comprendo mayor satisfacción que la de aumentar las relaciones sociales. Tened la seguridad de que siempre encontraréis algo curioso, algo interesante, algo que pueda figurar en la *carte* del más exquisito *gourmet* de psicologías modernas, en esos hombres que unas veces os importan, otras os son indiferentes, y con los cuales tropezais en la calle, en el paseo, comeis en la mesa del hotel, os codeáis en las butacas del teatro, ó en las reuniones oficiales y privadas. Lo que no soñais nunca, lo que no se puede uno figurar jamás en ingenio, en sutileza, en erudición, en delicadeza ó en estupidez, en grosería, en insignificancia, en nulidad de cerebro, todo lo encontráis y podeis observarlo en vivo, si procurais mezclarlos á las muchedumbres, á los grupos, á la gente, en fin, en todas partes y en todas las ocasiones.

De las notas de viaje, las que se refieren á los hombres serían las más curiosas, las más variadas y las más útiles, si las reuniéramos con el cuidado que merecen. El conocimiento de un hombre de verdadero valor, en inteligencia ó en sentimiento y conducta, es el mayor de los placeres, é indemniza de la largalista de vulgaridades con que pueden llenarse las hojas de un *carnet* voluminoso; y yo os aseguro que como no hay dos grandes hombres que se parezcan, no hay dos talentos, ni dos virtudes, ni dos energías iguales que puedan dispensar de conocer las otras, ó agoten el número de las sorpresas y de las observaciones interesantes que podais hacer.

Por desgracia para los que encuentran y saben sentir esta gratísima sensación de la *novedad humana*, tenemos aquí poca costumbre de eso. Cualquier folletinista parisién vive más en público que el más ilustre de nuestros autores. Entre nosotros, todos, incluso los políticos, viven en la concha de su casa, como George Sand en Nohant, voluptuosamente escondidos con la ilusión más ó menos cierta de ese vivir burgués que supo encontrar, al fin, la autora de *François le Champi*. Por esto no comprendemos bien, y nos molestan, esos retratos literarios, esos recuerdos íntimos, esas semblanzas y análisis que nos parecen el desnudo de nuestra personalidad, hecho por una mano indiscreta y afanosa; ante un público que recoge, pero no

sabe apreciar el mérito íntimo de la psicología.

No hay en nuestro mundo literato—ni en el científico—quien se atreviera á publicar (caso de tenerlo) un *Diario* como el de los *Goucourt*, una *Correspondencia* como la de Flaubert... Cierto es que hay que temerles á los amigos demasiado curiosos, indiscretos ó impúdicos, de ese impudor de las cosas del alma, más ofensivo que el de la carne; y es que se necesita mucho amor, mucho *objetivismo* (si se me permite) y una delicadeza extraordinaria, para hacer esos estudios; y tales cualidades solo las consiguen quienes sienten hondamento á la persona que, en otros casos, se convierte en motivo de pequeñeces bajas, insignificantes y aún indignas.

Yo no sé si acertaría en esto; pero declaro que es un *asunto* de los que *siento* profundamente. Mi libro mas soñado—cuando doy paso breve al sueño de los libros—es el de los hombres notables á quienes conozco y pueda conocer en toda mi vida. Sería un libro que escribiría yo para mí, por el placer de escribirlo y de evocar imágenes, escenas y palabras de las que no se olvidan nunca.

Aquí, en Barcelona, he encontrado algunos capítulos para ese libro. Casi no me atrevo á citar nombres, en respeto á ese temor de que hablaba antes; pero creedme que los hay. En Barcelona y en Cataluña existen poetas, nove-

listas, oradores, gente que trabaja y estudia de un modo que casi nos es desconocido á los hombres de Madrid. Una de las cosas que más ha llamado mi atención, es el grupo de investigadores afanosos de la historia, que representan una nueva corriente eruditista, si no todo un nuevo sentido—el sentido moderno y exacto de tratar la materia—y un procedimiento de trabajo personal y de laboratorio, al cual ya era hora de que llegásemos.

Lo interesante es que por la misma razón, cada uno de estos obreros de la futura historia es un político especulativo, que prepara á las gentes para una política práctica vislumbrada, aunque falta aún de determinación. Sin certificar de la certeza, diré que me ha parecido el mundo culto barcelonés de más sentido y conciencia política que el mismo mundo político de oficio que hay en Madrid, y que no falta—claro es—en Barcelona.

Uno de esos políticos especulativos ó privados, que piensan y predicán su doctrina á *todos los hombres*, y á la vez uno de los caracteres más curiosos y de más originalidad en Barcelona, es Almirall, el célebre Almirall tan conocido de Núñez de Arce. No puede negar el autor de *Lo catalanisme* que es catalán. Basta con verlo un momento en su despacho desnudo y triste, ó en la tertulia de última hora en la librería de López, discutiendo con Sampere y Miquel y demás compañeros.

Cuando fui á visitarlo á su casa, me preguntó:—¿Qué quiere usted ver de Barcelona?—Barcelona, le contesté; y sobre todo, los monumentos y los restos arqueológicos.—¿Y qué impresión quiere usted llevarse de aquí?—añadió. No supe qué contestarle, admirado de la seriedad con que me hizo la pregunta.

—¿Pero es que hay impresiones para todos los gustos?—acerté á preguntar al fin.

—Eso depende del *cicerone*—contestó. Ahora estamos en una situación anormal, que tal vez le deslumbre á usted: y yo quiero enseñarle lo bueno y lo malo de Barcelona. Aunque soy catalán, no soy *chauvinista*, y ha de ver usted el anverso y el reverso de la medalla.

Después de leer sus libros y polémicas, esta conversación concluyó [de pintarme á Almirall.

Cuando lo veis por vez primera, os parece su cara de pocos amigos. En el fondo es muy amable, muy servicial y muy franco en sus opiniones. Quien ha formado un poco su carácter al yunque de la opinión ajena, manifestada con la desnudez que un verdadero cariño ó un interés objetivo de las cosas, piden está ya curado de espanto y puede entenderse con Almirall. Yo siento cierta complacencia ante hombres de ese temple. Tal vez yo no hubiera sido nunca amigo del célebre Gallardo; pero me hubiera gustado mucho hablar á menudo con él. Hay en estos caracteres un desenfado tan

natural de las cosas—de las *otras cosas* que no son de su cuerda ni les interesan—que admira á los que suelen dar importancia á todo, por no dársela bastante á lo que la merece de veras.

---

## II

El escepticismo hacia la historia nos invade. Apenas si queda media docena de hombres, interesados en que se vendan sus libros, que aparenten creer en los hechos que cuentan de los otros hombres. En pleno hervor del positivismo, ha nacido el decrecimiento del hecho; y un positivista dió ayer honrada sepultura á las fantasías que cuatro rebuscadores de archivos nos vendían por historia legítima.

Esto sucede, pero no hay que asustarse. El positivista de quien hablo, dice las cosas por bromear, como los gufas de Tartarín en la Jungfrau; y el descrédito ha caído únicamente sobre la forma antigua de la historia. Para los que creen que el mundo, las sociedades y el pensamiento se han hecho de una pieza, y son

desde un principio lo que habrán de ser siempre, para esos, muerta la antigua historia, ya no hay historia. Perdónelos Macaulay, porque no saben lo que se dicen.

Comienza ahora el renacimiento—se puede decir así—en este orden de estudios, y conviene, como de toda necesidad, que nos orientemos antes de impulsar el movimiento, y sepamos cuál es su dirección y á dónde nos lleva. La reforma en el modo de historiar no viene—y este es su principal mérito—de una teoría, como emanación de uno de esos que llaman sistemas filosóficos de la historia; no se ha producido para servir á ningún fin convenido *á priori*; no trata de demostrar nada, porque sale de la ignorancia actual de los hechos y busca solo la verdad de lo ocurrido. Los comentarios, la trabazón, las relaciones, las consecuencias, no las sabe ni las fija por adelantado; y así no tiene luego que descoyuntar el material recogido, para moldearlo en la turquesa ideal habilidosamente preparada. Todo eso vendrá como simple resultado, como la concreción última del trabajo que lentamente, y á su propio peso y ley, se precipita en forma de conclusiones. Al historiador no se le pide, para concederle el título, una buena pieza de doctrina que explique todos los hechos y los construya en una labor brillante, tejida con los hilos de todas las metafísicas creadas; el historiador debe tener la serenidad que no arguye indiferencia ante los hechos.

Ellos son los que hablan: él no tiene voz ni voto sino luego, por vía de sentencia ajustada al sumario, sin que pesen influencias de caciques ni de superiores, y aunque resulte condenado el mismo juzgador y su pensamiento. Convicciones, si las tiene, en la historia ha de arraigarlas; y en vez de una razón abstracta y poderosísima, de una imaginación creadora y brillante, de una inspiración casi mística del profeta, se le pide un juicio tranquilo y perspicaz, un instinto fino y aguzado para ver los hechos y darles su lugar y valor propio en los tiempos, y un sentimiento profundo de lo vivido, para resucitarlo á sus ojos como si viviera de nuevo: con aquel cariño, aquella unción y desinterés que tendría un contemporáneo que resucitase tras de mil años de sueño, al recordar los hechos de que fué espectador ó actor, sin ninguna de las pasiones ó de los intereses que anublaron entonces su espíritu, y que desaparecen con las mismas causas que los trajeron.

Con esto, el ser historiador va siendo empeño más que difícil. Pero la reforma no sólo pide ese *objetivismo* tranquilo, respetuoso, serio, ante las cosas de los hombres. No se trata sólo de renovar el *sentido* de la historia, de comprender, al fin, el valor que lo pequeño tiene en la acción de la humanidad, hasta de variar ese mismo concepto de lo *pequeño*, que hizo, v. gr., conceder en nuestra historia legislativa importancia primera á las leyes *adjetivas*, como

se dice, cargando los fueros de artículos de policía, de penas y de administración, y olvidando (con feliz olvido por otra parte) las costumbres de la vida social privada; sino que se busca algo más elemental y de necesidad primera. Se busca que sepamos al fin historia, que tiremos fuera las mil mentiras por todas partes existentes, que dejemos de copiarnos los unos á los otros, que hagamos labor personal y nueva sobre las fuentes mismas, llevando á ellas esa crítica que gastamos en discutir *opiniones* y juicios de los otros; se busca, en fin, que en vez de correr tras el principio que nos ha de aclarar el por qué de unos hechos que no sabemos, hallemos esos mismos hechos, aprendamos á rastrear su pista en su propio campo, y los saquemos á luz de una vez, por lo que ellos mismos son en sí y por amor á la verdad.

Las consecuencias que esta nueva corriente ha de traer sobre nuestra política y nuestra vida entera, se adivinan al punto. Por bajo de las líneas generales de lo razonable y lo humano, hay siempre una política nacional, una administración nacional, un sentido jurídico nacional, del que resulta locura separarse, y por cuyo olvido andamos hoy desorientados y sin poder hacer historia propia, que no haremos nunca sino á cuenta de reanudar la tradición de nuestra genuina esencial historia; para lo cual, es preciso conocer esa misma tradición, que desconocemos tanto como la vida actual jurídica

de nuestras regiones. De este modo, se impone la necesidad de formar la Historia de España que no poseemos; trabajo que recae naturalmente sobre los nuevos historiadores, exploradores decididos en esta repoblación de hechos nacionales.

En Barcelona hay un núcleo de estos hombres nuevos, buscadores infatigables del material histórico que aguarda su resurrección bajo el polvo de los archivos, en las tradiciones de los pueblos, en las supervivencias que se esconden entre los recodos del Pirineo, en la misma vida moderna, palpitante, cuyo significado y cuyo origen tiene sus directas raíces en la vida de ayer, y la explica y se explica por ella.

Uno de esos hombres que entiende cómo la historia no se infunde por inspiración en el cerebro del sabio de gabinete, sino que hay que ir á buscarla en los escenarios naturales y en la herencia manuscrita de nuestros abuelos, es Pella y Forgas, tal vez el más caracterizado por su actual publicación de la *Historia del Ampurdán*. Hablo de él principalmente, porque sostuvimos una larga conversación acerca de sus trabajos é investigaciones y sobre el modo nuevo de historiar.

Pella tiene cara de marino: alto, bien apretado de carnes, con los músculos fuertes y señalados, la cara de un hermoso color que indica salud, curtida por el sol y coloreada por la sangre; la voz llena, *equilibrada* y sonora, es el

tipo de verdadero montañés de aquellas tierras del Pirineo, criado entre las quebras de la sierra, en el sentimiento de esta naturaleza fuerte, y que lleva en sus venas el amor á su pueblo, á sus tradiciones, á su campo, mezclado con la herencia de carácter de aquella raza de formación compleja, en cuyo modo de ser se perciben aún los elementos componentes que Bartrina sentía en su pensamiento y en sus instintos.

El amor y respeto con que Pella sabe tratar las cosas de su patria; el tacto y el sentido histórico que lleva á sus investigaciones; la seguridad y la finura con que adivina los hechos, los rastrea y al fin los hace brotar á la luz, y la amplitud de concepción que aprovecha en sus descubrimientos hasta las últimas consecuencias que aún se producen, están bien de manifiesto en su *Historia del Ampurdán*, cuyo examen y elogio detenidos guardo para tiempo propio, así que se publique la última parte.

Yo le oía, con el entusiasmo que siempre producen estos asuntos, la relación de sus trabajos, la explicación de alguno de esos *encuentros* felices, tan raros y tan queridos para el historiador; y oyéndole, y reanimándose en mí el sentimiento de las cosas pasadas, me parecía no estar en el Ateneo, sentado en uno de los divanes, rodeado de ateneístas, sino en el campo, (en aquella montaña de Cataluña cuyos

valles había visto desde el tren), asistiendo á la caída del poder señorial, á la formación de la clase de labradores ricos y libres, á las revueltas de herejes y protestantes y al nacimiento del partido rural religioso, primera raíz del carlista.

Después de esto, venían las noticias sobre costumbres actuales de Cataluña, y admirábame yo de encontrar ese régimen comunista que Laveleye consideró subsistente en restos como los restos paleontológicos, vivo y arraigado en aquel pueblo. Pella ha defendido algunos pleitos contra los errores cometidos por el Estado ó por las autoridades locales, que se encontraban de pronto con lo que no soñaron nunca: una aldea, un Municipio en que no había un pedazo de terreno de propiedad individual, fuera de la casa y del huerto anejo de cada familia. La relación de estas peripecias jurídicas que las leyes desamortizadoras produjeron, es de lo más interesante, ofda de quien ha vivido en aquellos pueblos, es familiar á tales costumbres y ha defendido su legitimidad.

Al lado de Pella hay muchos otros, cuyos nombres son bien conocidos: Coroleu, el presidente del Ateneo, que prepara un libro sobre Edad Media catalana; Sampere y Miquel, con los sostenedores de la *Revista de Ciencias históricas*, la única publicación que se dedica ahora en España á este género de estudios, hecho que por sí solo representa todo un juicio de esta re-



gión; y en fin, los muchos, infatigables trabajadores que en la indicada revista ó en *La Española Regional* aportan constantemente los nuevos jalones y los elementos primeros de una futura historia patria.

De todos ellos quisiera hablar, pero me falta tiempo. Reciban todos el más entusiasta saludo del que se honra con recoger sus enseñanzas y hablar de ellos como se habla de esos amigos en ideas y en sentido de la vida, de que Littré hablaba á otro escritor catalán: Pompeyo Gener.

1888.

## NOVELISTAS CONTEMPORÁNEOS

TOLSTOY

I

Uno de los más ilustres médicos ingleses (á quien la higiene escolar debe mucho), ha defendido recientemente la utilidad de la novela, como eficaz sedante de las violentas emociones que la vida real produce: lenitivo ideal de las amarguras reales, y, á la vez, descanso fisiológico de la actividad nerviosa que en la conducta ordinaria y en las relaciones sociales se consume.

Esta defensa sirve para todo placer intelectual, y en algunos alcanza tanto valor como en la novela, por ser de índole análoga á ésta; es decir, por referirse á la vida individual y social, aunque mirada con la impersonalidad que el arte y la ciencia dan á sus productos: en lo cual, más que en la desacertada idealí-